

CAPÍTULO I

Los Altos de Morelos
como territorio campesino

El territorio como concepto se encuentra hoy en día en el centro del debate de los estudios académicos. Se refiere a procesos sociales, dinámicas aceleradas y procesos complejos, tanto por el número de actores que participan en él, y por las relaciones sociales que generan, como por las múltiples expresiones de apropiación, disputas, representación y definición. Esto hace que existan diferentes perspectivas sobre el concepto de territorio. En algunas, éste se acerca más a la noción de espacio; en otras es visto como unidad administrativa o como área cultural. Pero, sea cual fuere esa mirada, sea disciplinar o no, los procesos sociales están cruzados por dos variables imprescindibles: el espacio y el tiempo. Así, los territorios, concebidos como paisaje, frontera o lugar, entre otros, pueden ser analizados desde referentes diversos; no se trata sólo de entidades físicas o técnicas, o de saberes, sino de relaciones e identidades con contenidos de poder (Piazzini, 2006); denotan procesos socioculturales que reflejan visiones civilizatorias que se gestan en los espacios y recursos sobre los que se pisa la tierra.

El presente trabajo se sustenta en la perspectiva de territorio como una construcción social a partir del espacio. En éste, a partir de fronteras naturales y físicas se sobreponen delimitaciones y determinantes históricas, culturales, económicas y sociales que contienen el devenir de los sujetos sociales en interacción, a través de múltiples procesos de apropiación y disputas. Así, el territorio se visualiza como un espacio interconectado con procesos regionales, nacionales e internacionales, en el que se enmarcan procesos complejos que contienen historias propias e identidades locales de quienes ahí habitan, de quienes se adscriben a él aun

viviendo en otro lugar, y de quienes detentan el control de los recursos existentes.

La historia de Los Altos de Morelos es de largo alcance, ya que se remonta, al menos, a las haciendas coloniales; es a partir del siglo XVI que se constituye una cierta continuidad entre las comunidades (De la Peña, 1980) ubicadas al noreste de lo que hoy se reconoce como el estado de Morelos.



Foto 1. Vista del volcán Popocatepetl desde Tetela del Volcán, Tetela del Volcán. 2014.

De la Peña (1980) analiza la historia de Los Altos a partir de las relaciones de poder que se establecen con las haciendas azucareras y con los ingenios, en torno al control del agua, la tierra y el trabajo. En esta etapa, la organización del uso de las tierras llevó a destinar las tierras cálidas bajas para el cultivo de la caña, y se les otorgó la disponibilidad e infraestructura para el agua de riego. Así, las tierras de Los Altos fueron utilizadas para cultivos de temporal, especialmente de maíz, para la generación de alimentos de sus pobladores y de las tierras bajas. Con esto las haciendas podían contar con la mano de obra de los pobladores que fuera del temporal no podían trabajar sus propias tierras, y no se encontraban insertos de manera permanente en la producción de las haciendas.

Posteriormente, los ingenios mantuvieron la misma lógica de subordinación de las tierras y de la fuerza de trabajo a las necesidades de una actividad pujante, como la producción de caña, a fines del siglo XVIII. En ese periodo las haciendas incrementaron su tecnología y la productividad de azúcar, lo que derivó en la capacidad de producir nuevas presentaciones comerciales, como, azúcar refinada, granulada y en cubitos. Morelos llegó a ser la tercera gran región productora del mundo, después de Haití y Puerto Rico (Von Mentz, 1993).

Un detonante de la insurrección campesina de principios del siglo XX fue la expansión de las haciendas sobre las tierras de los pueblos de indios, así como el acaparamiento de fuentes de agua, manantiales e incluso caminos. En Morelos, para 1910 las haciendas azucareras poseían el 63.7% del territorio, las que incluían el 90% de las tierras de riego y el 65% de las de temporal (González y Embriz, 1983, pp. 286-287).

Después de la revolución, y con la reforma agraria, en el siglo XX se produjeron cambios en la vinculación de los pueblos con la agricultura comercial, caracterizados por la subordinación a los procesos de acumulación de capital. A pesar de ello, la continuidad territorial en Los Altos se mantuvo, de manera que “...este complejo proceso de capitalización de la agricultura campesina —que ocurre en todo el país— ha mantenido formas peculiares y adquirido particular agudeza dentro de los límites regionales de Los Altos de Morelos” (De la Peña, 1987, p. 73).

Configuración campesina de las tierras

Para acercarnos a los procesos concretos de configuración de los territorios desde la perspectiva de los campesinos, se requiere vislumbrar el papel de los sujetos como constructores de los espacios ante historias locales, cambios que vienen del exterior y perspectivas propias. Lo anterior se relaciona con la visión de que los lugares (Escobar, 2005) son espacios y experiencias de construcción consciente desde lo local, y contraparte de lo global; están teñidos

de procesos de trabajo, narrativas, identidades y paisajes; y son ámbitos políticos de disputa de intereses diversos, pues a pesar de las hegemonías se configuran heterogeneidades (Hernández, 2013). El territorio se considera como un contenedor de regiones divididas en subáreas, delimitadas por los grupos sociales que se diferencian unas de otras y son transformadas continuamente (Viqueira, 2001), bajo procesos identitarios (Giménez, 1999).

De esta manera, la relación de los sujetos con el territorio está marcada y contenida por procesos de adaptación e intencionalidad que le dan a éste significación e interpretación (Mançano, 2009). Dicha relación se realiza a través de relaciones sociales, es decir, de espacios interrelacionados, indivisibles y vinculantes en macro procesos, con resultados heterogéneos; se realiza también a través de confrontaciones por disputas de intereses y por las diferentes visiones e identidad de los sujetos frente a cambios en los escenarios nacionales y globales, y también frente a grupos de poder político-económico en el marco de los mercados capitalistas (Ruíz, 2007).

Esta perspectiva puede ser alimentada por la mutidimensionalidad (Toboso y Valencia, 2008) del tiempo y el espacio de los territorios; éstos son escenarios con huellas de acción colectiva, horizontes temporales de pasado, presente y futuro, así como recursos de poder, al ser un bien en disputa a distintas escalas. Esta idea se vincula con la visión de “geosímbolo” (Giménez, 1999), según la cual los procesos de apropiación del espacio y de los recursos constituyen zonas de refugio sustentadas en procesos de apego y construcción de memoria histórica.

En la dinámica territorial se resalta la acción permanente de los grupos sociales, lo que da sentido a la forma de vida de los habitantes de determinado espacio, así como a los intereses en disputa. De esta manera se van dando las transformaciones y los procesos continuos de generación de identidades, y de producción de referentes a partir de los usos dentro de una sociedad particular.

El análisis del territorio en el marco de las particularidades de los procesos campesinos permite entender los procesos de cambio y adaptación de las estrategias productivas dentro de

Los Altos de Morelos, así como la transformación de los espacios y relaciones de producción. En el caso de los campesinos como sujetos, uno de los aspectos importantes a destacar es que los procesos de reproducción corresponden a formas culturales particulares, que se reconocen como estrategias campesinas. Con éstas se garantiza la reproducción social del grupo, ya que cumplen objetivos de adaptación en y dentro de los márgenes del mercado global, y en la recreación de su identidad como herramienta para la subsistencia en el sistema y la sociedad actual (León, 2007; Guzmán y León, 2009a). De esta manera, los campesinos reestructuran sus territorios frente a fuerzas desarrollistas que influyen en el uso del espacio, e interactúan con distintos agentes desde sus propias lógicas de subsistencia, apropiación de recursos y adaptación a la vida. Permanecen, siendo y cambiando, mediante la resignificación y la reconfiguración del territorio en el que se mueven. La agricultura campesina sigue esta lógica; en ésta, la forma de vida se define en las formas de uso de los recursos y de generación de los procesos productivos. A partir de ello, se concreta la disposición y decisión de sembrar, manejar el agua y recolectar frutos, bien sea para vender o para consumir. Dichas relaciones son elementos presentes diariamente en la vida campesina.

El uso de los recursos naturales y productivos es un acto cultural de ocupación y apropiación; para que se realice se requiere la aplicación y adaptación de múltiples tecnologías adecuadas a las condiciones prácticas posibles, de acuerdo con las características y necesidades del ambiente, y con las condiciones económicas y organizativas de los productores. Así, la apropiación es producto de experiencias, ensayos y decisiones para establecer las maneras de relación con la tierra, con las plantas, con el agua y con el medio en general; todo ello va generando construcciones y transformaciones, tanto de las experiencias y conocimientos de los productores, como de las condiciones de los recursos y los paisajes.

La adaptación tecnológica también tiene que ver con los usos que se les den a los recursos, ya que la práctica productiva o de aprovechamiento de los mismos corresponde al producto deseado o necesario; por ejemplo, la agricultura comercial se define en

términos de normas de calidad, tiempos y cualidades de los productos. Esto lleva a que múltiples elementos ajenos sean aprehendidos e integrados a la estrategia de adaptación: la vinculación de los productores campesinos con el mercado significa echar mano de toda su experiencia para acoplar la tecnología disponible y tender las relaciones sociales necesarias. Las normas y lógicas de uso de los recursos, bien sea frutos, leña, tierra, madera o agua, marca las maneras de apropiación adecuadas para su extracción. El autoconsumo denota igualmente tiempos, gustos y calidades de los productos, y a ello se adapta la tecnología de producción.

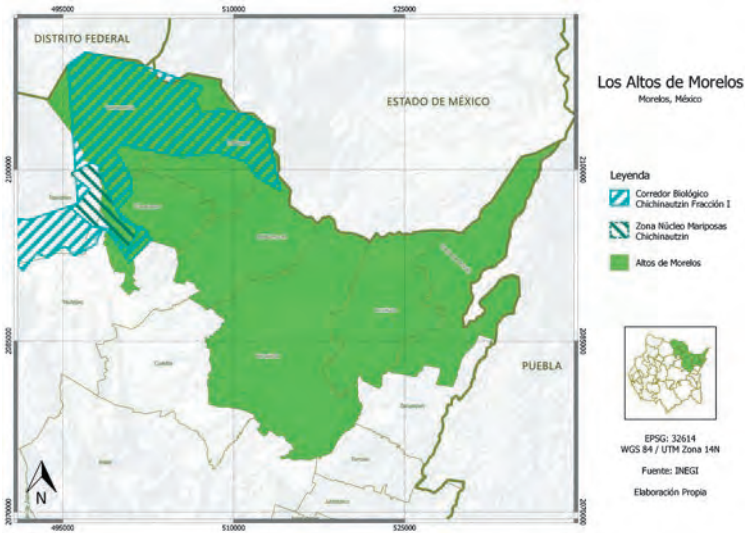
De esta forma, las adaptaciones tecnológicas en el uso de los recursos se integran a las estrategias que desarrollan las unidades campesinas para formar parte de los sistemas y relaciones sociales, del mercado y del territorio, y para influir en éste para lograr su reproducción social, es decir, para sostener sus formas de vida, sus relaciones familiares y parentales, su arraigo a la tierra, a las fiestas y a los pueblos, y sus relaciones con agentes productivos y comerciales, entre otros.

La historia reciente de Los Altos de Morelos

Las tierras

Los Altos de Morelos comprende los municipios de Tlalnepantla, Tlayacapan, Totolapan, Atlatlahucan, Yecapixtla, Ocuituco y Tetela del Volcán. Estos municipios están ubicados en la parte nororiental del estado, en la vertiente meridional del volcán Popocatepetl, y forman parte de lo que se denomina el Plan de Amilpas, una especie de terraza antes de llegar a la depresión del Balsas. La Sierra del Ajusco, que pertenece al Eje Volcánico, recorre estos municipios, por lo que tienen una topografía accidentada, formada por montes y barrancas, con altitud variable de aproximadamente entre 1 500 y 2 150 msnm. Los Altos de Morelos colinda con la zona denominada Corredor Biológico Chichinautzin, a la cual pertenece la fracción poniente de Tlalnepantla, Totolapan y

Tlayacapan. Su clima es húmedo y templado-frío, con lluvias en verano, favorable para la agricultura. Estas tierras se encontraban cubiertas originalmente por bosques templados.



Como mencionamos anteriormente, este territorio contiene referentes histórico geográficos relacionados con las características estructurales del sistema capitalista, las formas particulares de inserción y las definiciones propias. Es un espacio socialmente creado, como expresión del tejido de cultura, política y economía. La definición agraria es un componente importante de las tendencias de transformación regional de las últimas décadas en Los Altos de Morelos. En este proceso se reconoce a los campesinos como protagonistas fundamentales, quienes, a partir de la posesión de la tierra y los elementos culturales de uso y vínculo a ella, han construido la integración a los cambios regionales.

La posesión de la tierra, sus formas específicas y los caminos para obtenerla son factores importantes en esta historia. Como parte de los procesos territoriales se distinguen transformaciones tecnológicas, concurrencia al mercado y acumulación de capital,

vínculos con diversos agentes sociales internos y externos participantes en la dinámica económica, diferenciaciones sociales entre los campesinos, así como adecuaciones de las formas de vida y estrategias en general de los campesinos involucrados. Estos procesos tienen un entorno espacial sin límites estáticos, en constante movilidad.

A partir de los inicios del siglo XX, y debido al reparto agrario posterior a la revolución mexicana, los grupos campesinos de Los Altos de Morelos, así como del estado de Morelos y del país en general, recuperaron la tierra de la que habían sido despojados en los tiempos anteriores. Con esto se constituyó una estructura agraria que permitió procesos de interacción y negociación entre los campesinos y el Estado. El proceso y resultados del reparto de la tierra son importantes como sustrato sobre el cual los campesinos llevaron a cabo la apropiación de la tierra y la recreación de su propia cultura.

La historia y la cultura tienen que ver con el sentido y significado que para los campesinos tiene la tierra, así como, en el aspecto político, con la constitución de los campesinos como comuneros y ejidatarios reconocidos como usufructuarios de la tierra de la nación.

De acuerdo a la argumentación de Tutino (1990), la rebelión se explica por la presión que ejercieron las haciendas sobre las tierras de los campesinos, y por la tensión por el control político que representó la desposesión de la tierra y la imposibilidad de continuar con la vida sobre ella. Esto representó la pérdida de la autonomía y de la seguridad que de alguna manera tenían. Un soldado zapatista contaba "...la hacienda nos quitó la tierra, nos quitó la vida misma" (Pineda, 1997, p. 30). Entonces, para los campesinos, la seguridad de la subsistencia tiene un eje territorial en tanto el uso de la tierra da sentido a ser campesino, así como a las bases de la relación que éste establece con los recursos y con la naturaleza, y la construcción de las formas culturales y sociales con las que se lleva a cabo la vida.

Con la revolución se defendía la posibilidad de sembrar y cosechar sus propios alimentos, pero también de contar con un

territorio propio, pues más allá de la sobrevivencia existía una forma de vida, siglos de resistencia y una civilización profunda. Los pueblos, la colectividad, las prácticas comunitarias, las familias, los rituales y las fiestas, en conjunto, conformaban las posibilidades de existir de su propia historia (Pineda, 1997).

Al final de la revolución se ganó el derecho de petición y dotación de la tierra bajo las normas establecidas institucionalmente, a través del proceso de negociación para la distribución agraria. En Morelos, la distribución de la tierra se hizo antes que en la mayor parte del país, sin embargo, los trámites y trabas prolongaron varios años el proceso: desde que los primeros pueblos hicieron la solicitud de tierra en 1920 a las resoluciones presidenciales entre 1924 y 1929, en especial las restituciones de tierras a las comunidades agrarias, pasaron varios años. Finalmente, los pueblos lograron tener la tierra.

Cuadro 1. Fechas de petición y resolución de ejidos y comunidades de Los Altos de Morelos. Superficies y número de beneficiarios actuales

Núcleo agrario	Fecha de resolución	Superficie total	Num. de ejidatarios o comuneros + poseionarios
Municipio de Atlatlahucan			
Atlatlahucan, ejido	07/04/1927	1,896.61	436 + 3
San Miguel Tlaltetelco	30/03/1927	442.66	114 + 3
Municipio de Ocuituco			
Ocuituco, comunidad	08/02/1957	388.43	199
Ocuituco, ejido	03/12/1925	1,647.51	470 + 27
Huecahuaxco, ejido	23/05/1929	244.32	153 + 1
Huejotengo, ejido	07/08/1924	167.09	11 + 3
Huepalcalco, ejido	16/02/1938	664.00	N.D.
Jumiltepec, ejido	14/02/1929	318.37	257 + 8
Metepec, ejido	24/07/1924	933.00	270 + 10
San Francisco Oxocaltepec, ejido	23/09/1926	392.27	254
Municipio de Tetela del Volcán			
Tetela del Volcán, ejido	25/07/1929	1,554.32	573 + 55
Tetela del Volcán, comunidad	29/01/1980	1,325.60	N.D.

Cuadro 1. Fechas de petición y resolución de ejidos y comunidades de Los Altos de Morelos. Superficies y número de beneficiarios actuales

(continuación)

Núcleo agrario	Fecha de resolución	Superficie total	Num. de ejidatarios o comuneros + poseionarios
Hueyapan, ejido	01/12/1941	614.46	374 + 1
Hueyapan, comunidad	18/03/1952	2,572.40	N.D.
Xochicalco, ejido	29/08/1927	459.23	128 + 32
San Pedro Tlalmimilulpan, ejido	29/07/1926	479.00	94 + 51
San Pedro Tlalmilulpan, comunidad	15/08/2002	423.83	234
Municipio de Totolapan			
Totolapan, ejido	21/04/1927	2,636.78	439
Nepopualco	02/04/1925	740.01	125
Nepopualco, comunidad	18/12/1979	1,116.27	169
San Sebatían, ejido	29/04/1927	52.54	33 + 1
Asunción Ahuatlán, ejido	01/09/1927	223.08	68 + 2
Tepetlixpita, ejido	07/04/1927	217.49	50 + 17
Municipio de Tlalnepantla			
Tlalnepantla, comunidad	11/02/1948	6,533.00	N.D.
Coatepec, ejido	18/03/1936	623.96	106 + 2
El Vigía, ejido	11/03/1936	445.73	48 + 12
Municipio de Tlayacapan			
Tlayacapan, ejido	22/08/1929	641.37	427+27
Tlayacapan, comunidad	22/08/1929	675.69	N.D.
San Agustín Amatlipac, ejido	12/12/1927	66.53	41
San José de los Laureles	29/09/1927	90.18	46 + 5
San Andrés Cuauhtempan, ejido	06/10/1927	210.25	104 + 7
San Andrés Cuauhtempan, comunidad	17/10/1994	664.25	282
Municipio de Yecapixtla			
Yecapixtla, ejido	16/06/1927	2,351.66	593 + 92
Achichipico, ejido	17/01/1929	651.05	290
Aquiles Serdán, Comunidad	04/02/1991	60.20	4
Huesca, ejido	16/06/1927	260.29	63 + 4
Los Limones, ejido	10/02/1937	349.05	120 + 10
Mexquemeca, ejido	30/06/1927	486.60	

Cuadro 1. Fechas de petición y resolución de ejidos y comunidades de Los Altos de Morelos. Superficies y número de beneficiarios actuales

(continuación)

Núcleo agrario	Fecha de resolución	Superficie total	Num. de ejidatarios o comuneros + poseionarios
Texcala, ejido	18/11/1926	413.25	87 + 24
Tecajec, ejido	08/06/1922	450.75	127 + 20
Tlalmomulco, ejido	18/10/1928	71.18	26 + 2
Xochitlán, ejido	30/06/1927	509.42	250
Zahuatlán, ejido	18/06/1926	868.76	91

1/ El poseionario es el sujeto de derecho como poseedor parcelario en el marco de los ejidos, reconocidos tanto por la asamblea ejidal como por resolución judicial descrita en el Art. 48 de la Ley Agraria (DOF, 1993).

Fuente: Registro Agrario Nacional (2015).

Durante la revolución los ricos se fueron y la mayoría no regresó a Los Altos, de manera que hasta 1930 la diferenciación social era casi inexistente (Warman, 1976). La pobreza era grande pero tenían tierras para sembrar. Campesinos que habían salido de sus pueblos en los años de revuelta regresaron a cultivar sus tierras y se encontraron con que las condiciones eran casi las mismas que antes; sus tierras no habían aumentado, pero ahora no estaban controladas por terratenientes, por lo que tenían que negociar con el Estado. Al interior de su comunidad había mucho trabajo por hacer para poder salir adelante. Lo importante era subsistir, así que las actividades iban encaminadas más hacia el autoconsumo, el intercambio y la utilización de sus recursos: “...se maximizaba lo escaso y no lo abundante... se trabajaba en pequeña escala, sin excesos...” (Warman, 1979, p. 7). Este proceso en los pueblos fue de recampesinización: retomaron el maíz, los arados y las artesanías.

La base de sobrevivencia era la agricultura, así que había que buscar complementos a la milpa. Se experimentaron varios cultivos. Había poco dinero, pues el comercio se limitaba a los mercados tradicionales. Los campesinos vendían verdura, cereal y fruta, y compraban percal, manta y huaraches traídos por vendedores ambulantes. Los arados de madera y azadones también venían de fuera, aunque algunos artesanos locales los fabricaban. Trabajaban la cerámica, los adobes y las tejas. Recogían leña de los cerros

y agua del jagüey. En sus pequeñas parcelas cultivaban maíz, frijol y chile. La agricultura no era muy lucrativa (De la Peña, 1980).

La relativa estabilidad dio pie a que el crecimiento de la población retomara su cauce ascendente, así que la presión sobre la tierra fue cada vez mayor. Las tierras ejidales y privadas no eran suficientes para las demandas de las nuevas familias, de manera que se abrieron nuevas tierras al cultivo en cerros y potreros para mantener el descanso de las parcelas. Algunos campesinos salieron a buscar trabajo en las tierras bajas, con lo cual regresaron a la relación de subordinación con las producciones comerciales de arroz y de caña. Las ciudades crecían con la migración de quienes se esforzaban por sostener su propia economía y mantenerse como campesinos en su propia tierra.

A partir de los años cuarenta el uso de la tierra se fue intensificando poco a poco hasta llegar a romper el equilibrio de siembras-descansos con que se había mantenido la fertilidad del suelo. Las milpas fueron ocupando todos los terrenos posibles: tierras delgadas, pedregosas, malas y lejanas, así como potreros. Se desplazó la ganadería y el costo del cultivo aumentó. Se continuó intensificando el uso del suelo y la combinación de cultivos en las mismas tierras, alternándolas, sin descanso.

A pesar de las condiciones de pobreza, los años postrevolucionarios reflejan el interés de los campesinos morelenses por vivir de su propia tierra, es decir, el arraigo; es éste uno de los elementos que ha definido parte de la historia de estos pueblos y que ha posibilitado la existencia de opciones de producción y vida. Esto, junto con las características climáticas y orográficas de la región, constituye la base del trabajo de los campesinos y de su vinculación a los procesos de cambio y modernización en las décadas posteriores.

Diversidad de cultivos

El proceso de recampesinización fue dando lugar a la estabilidad de la vida de los pueblos y a la reintegración a los vínculos con la vida del país y al mercado. La estructura agraria, si bien de

minifundio, dio pie a la inserción de nuevas formas productivas a mediados del siglo XX. El crecimiento de las urbes, los procesos de industrialización y la dinámica de comunicación estimularon los nuevos usos de las parcelas de Los Altos (Warman, 1979).



Foto 2. Vista panorámica desde Nepopualco, Totolapan. 2017.

La posición geográfica de esta zona, cercana al Valle de México y al estado de Puebla, ha permitido acceso y comunicación permanentes hacia centros económicos y de población importantes, así como el tránsito entre la capital del país y la costa del Pacífico, pasando por puntos políticos y comerciales trascendentales. De esta manera, las condiciones orográficas, edafológicas y climatológicas se han puesto en función de la producción agrícola que la demanda económica del país exige: el consumo de alimentos y la agroindustria.

Al tiempo que las tierras se fueron cubriendo de hortalizas, cultivos comerciales que no consumían las familias campesinas, pero que sí producían dinero, se dio el crecimiento de los mercados, la circulación de más dinero, e igualmente la construcción de

caminos, una tarea importante para facilitar el acceso a prácticamente todos los pueblos.

Aparecieron las escuelas o crecieron de tamaño e importancia. Algunos de los pueblos más grandes se iluminaron: en 1960 se introdujo la electricidad en los poblados pequeños que no la tenían y, en general, llegaron los servicios para las poblaciones. En este año fue pavimentada la carretera principal México-Cuautla y en 1965 se construyó la autopista. Ésta facilitó la comunicación entre las cabeceras municipales y las grandes ciudades de México, Cuernavaca y Cuautla. En 1974 se construyó la carretera de Oaxtepec a Xochimilco.

La agricultura se intensificó, aumentó la productividad y hubo cambios en los patrones de cultivo; se modificaron la organización del trabajo y las relaciones sociales; se intensificaron los vínculos con los mercados nacionales y mundiales, con base en nuevas políticas que posibilitaban los financiamientos. Aparecieron en las parcelas y en las plazas productos como el jitomate, la cebolla y el ejote, que dependían del sistema de intermediarios que se fue construyendo a partir de la central de abastos de la Ciudad de México. Estos productos se destinaron al mercado nacional, porque se consideraba la mejor manera de competir con otras zonas productoras de gran escala.

Si bien en Los Altos se inició con el cultivo del jitomate, éste se fue expandiendo a otras regiones; los cultivos fueron variando a partir de las experiencias con el jitomate, y se dieron dinámicas diversas. A partir de la década de los ochenta la producción jitomatera fue compartiendo tierras con el sorgo, el maíz y el nopal. Poco a poco en las huertas se fue incorporando el cultivo de tomate verde, pepino, chile y calabacita, compartiendo espacios, insumos, trabajo y tecnología con el jitomate.

Estos cultivos se han sostenido de maneras e intensidades diferentes. El cultivo de hortalizas se ha ido trasladando y concentrando bajo distintos ejes: así, a partir de Atlatlahuacan como centro, se expandió rápidamente hacia Tlalnepantla y Ocuituco en una primera etapa; posteriormente se fue reconcentrando al dejar las tierras de mayor altitud, y después las de temperaturas más altas.

Esta concentración en tierras medias tampoco ha sido homogénea; las distribuciones, cambiantes e irregulares, se han ido vinculando a las estrategias de los campesinos frente al mercado y a su reproducción, alternando parcelas, cultivos, tierras propias y arrendadas, decisiones de inversión, capacidad de proteger sus cultivos frente a incertidumbres económicas y fitosanitarias, etcétera.



Foto 3. Vista panorámica de Los Altos de Morelos. Hueyapan, Tetela del Volcán. 2011.

A lo largo de las décadas —y de tres generaciones—, los productores han transformado sus decisiones productivas, pasando de ser campesinos de autosubsistencia a horticultores capaces de articularse a un mercado nacional con productos especializados; de esta actividad obtienen ganancias que no lograban antes, a pesar de los riesgos. A partir de los años ochenta, estos procesos muestran la experiencia adquirida por los campesinos de la zona desde su propia vocación agrícola y ante la necesidad de lidiar con dichos riesgos; lo anterior los ha llevado a diversificar la producción de manera que su participación en el mercado sea diferida temporalmente; además, han tenido que asumir la aleatoriedad característica del cultivo de hortalizas y procurado

el mayor provecho posible del uso de su tierra, de la inversión de esfuerzos y de sus recursos (Guzmán y León, 2008).

La agricultura comercial, la expansión de los mercados agrícolas y la participación de los programas gubernamentales fueron dando lugar a nuevos cultivos, aunado a las propias iniciativas de los productores de Los Altos y a los riesgos que han decidido asumir. En esta línea se han ido probando cultivos de flores, la instauración de huertas de frutales, el uso de invernaderos y la apropiación de diferentes técnicas para garantizar la calidad y re-dituabilidad de los cultivos.



Foto 4. Cultivo de nopal. Tlalnepantla, Tlalnepantla. 2009.

Esta lógica de producción se ha ido adoptando en la región con base en ciertos principios de la especialización productiva relacionados con la aplicación de tecnología moderna industrializada, que en la agricultura se conoce como la revolución verde. Ésta ha implicado la aplicación de un paquete de productos básicamente agroquímicos y tecnologías que implican, por un lado, la inversión de capital, y por otro, la producción a escala amplificada con altos rendimientos (Weitz, 1973).

Cuadro 2. Superficies sembradas por cultivo (ha) en los municipios de Los Altos, riego y temporal en ciclos perennes y anuales, 2015

Cultivo	Atlatláhuca (ha)	Ocuituco (ha)	Tetela del Volcán (ha)	Tlalnepantla (ha)	Tlayacapan (ha)	Totolapan (ha)	Yecapixtla (ha)
Agave					10.00		
Aguacate		1,350.00		248.00	75.00	105.00	413.00
Avena forrajera		6.00	16.00	625.00		352.00	
Cacahuate							8.00
Café cereza	0.80				1.00		25.00
Calabacita	32.50				104.10	27.00	19.00
Camote							59.00
Caña de azúcar					230.00	41.00	
Cebolla	1.50						22.00
Chicharo			6.30				
Chile verde	23.00	1.80			0.90		13.00
Chilacayote			35.50				
Chirimoya				10.00		13.00	
Ciruela			303.00	21.00		15.00	
Durazno		330.00	920.00	244.00		15.00	45.00
Ebo			16.00			58.00	
Ejote					13.50	1.50	
Elote	1.30				126.00	14.00	
Frijol	48.10	105.00	152.00		48.70	48.20	55.00

Cuadro 2. Superficies sembradas por cultivo (ha) en los municipios de Los Altos, riego y temporal en ciclos perennes y anuales, 2015

(continuación)

Cultivo	Atlatláhuca (ha)	Ocuituco (ha)	Tetela del Volcán (ha)	Tlalnepantla (ha)	Tlayacapan (ha)	Totolapan (ha)	Yecapixtla (ha)
Girasol flor	1.20				0.80		
Gladiola	12.30				102.80	50.10	
Granada		60.00					
Guayaba					1.00		6.50
Haba grano						3.10	
Haba verde		3.50	16.00			9.00	
Higo		443.00	87.00			12.00	46.00
Limón	2.50				11.00		3.009
Mango					8.00		
Manzana		3.50					
Manzanilla						25.00	
Maíz grano	980.00	2,000.00	340.00		546.20	1,906.00	2,407.00
Nopalitos				2,800.00	500.00	546.00	
Nuez			4.80				
Pastos		20.00					80.00
Papa				103.00			
Pepino	147.30				244.80	63.80	41.00
Pera		24.00	360.00				110.00
Sorgo grano	295.00	540.00					6,000.00

Cuadro 2. Superficies sembradas por cultivo (ha) en los municipios de Los Altos, riego y temporal en ciclos perennes y anuales, 2015

(continuación)

Cultivo	Atlatlahuca (ha)	Ocuituco (ha)	Tetela del Volcán (ha)	Tlaxiahuacan (ha)	Tlaxiahuacan (ha)	Totolapan (ha)	Yecapixtla (ha)
Tomate rojo (jitomate)	658.70	5.50	4.00	297.20	441.10	302.00	
Tomate rojo (jitomate) invernadero	9.30		19.00	7.7			
Tomate verde	234.00	23.00	23.00	391.90	536.00	195.00	
Trigo grano			160.00		130.00		
Zanahoria			18.00				
Zarzamora			11.00				
Total	2,447.40	5,127.30	3,645.00	2,720.60	4,412.30	9,848.50	

Fuente: SAGARPA-SIAP (2017).

En el contexto de minifundio y baja capacidad de inversión en que tradicionalmente se producía en Los Altos de Morelos, las unidades productivas se transformaron para incluir la lógica comercial a las posibilidades de reproducción de las propias unidades económicas. Las unidades productivas están constituidas por las unidades familiares, que complementan sus actividades orientadas al mercado con las tradicionales, derivadas de la lógica campesina de subsistencia: los cultivos de autoabasto, como el maíz y otros productos de autoconsumo en los huertos de traspatio, entre otros.

En Los Altos los productores han realizado búsquedas de cultivos para insertarlos en el mercado; éstos son manejados con técnicas especializadas y adaptadas a las posibilidades campesinas, lo que ha dado lugar a una diversificación de cultivos en las últimas décadas. Como ejemplo mostramos los cultivos que en 2015 se reportaron para cada uno de los municipios, como una fotografía actual de la diversidad construida poco a poco y que sigue transformándose constantemente.

A este conjunto de cultivos reportado por la SAGARPA se agregan otros más de consumo en pequeñas cantidades, como dijimos, en los traspatios o huertos familiares, en las milpas y en las orillas de las parcelas. Además, se van probando cultivos a pequeña escala, algunos de los cuales se expanden y se incluyen a lógicas comerciales, ya sean en plazas locales o en mercados más amplios.

Así, se conjugan dos lógicas productivas diferentes: la producción especializada y la campesina. Generalmente estas lógicas se consideran ajenas, e incluso contradictorias; sin embargo, al acercarnos a casos específicos, como el presente estudio, encontramos que a lo largo de los años, y con la participación de los productores en los mercados, las lógicas productivas se van modificando. Una combinación particular en este sentido es la especialización del cultivo del jitomate, el cual ha sido adaptado a la estrategia campesina de reproducción, y ahora cumple funciones de generación de ingresos y también de reproducción de la familia campesina.